

## HOMENAJE AL PROFESOR JUAN TORRES FONTES

JUAN GONZÁLEZ CASTAÑO, MARÍA TERESA MARÍN TORRES,  
MARÍA ÁNGELES JOVER CARRIÓN ÁNGEL LUIS MOLINA  
MOLINA, CRISTINA TORRES-FONTES SUÁREZ



**Resumen:**

El 17 de octubre de 2019 tuvo lugar un emotivo homenaje al profesor Juan Torres Fontes, historiador, catedrático y académico, organizado por la Real Academia Alfonso X el Sabio, en el Salón de Actos de la Casa de la Cultura de Murcia, con motivo del centenario de su nacimiento. En el acto participaron María Teresa Marín Torres, Académica electa y directora del Museo Salzillo; María Ángeles Jover Carrión, ex directora del Archivo del Ayuntamiento de Murcia; Ángel Luis Molina Molina, Académico de Número de la Real de Alfonso X el Sabio y catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Murcia, y Cristina Torres-Fontes Suárez, doctora en Historia del Arte, Profesora Titular de la Universidad de Murcia e hija del profesor Torres Fontes, bajo la presidencia del director de la Real Academia Juan González Castaño. *Murgetana* reproduce los textos de las intervenciones en tal homenaje.

**Palabras clave:**

Torres Fontes, Murcia, Historia, Archivos, Museo Salzillo, Universidad de Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio.

**Abstract:**

On October 17, 2019, an emotional tribute to Professor Juan Torres Fontes, historian, professor and academic, organized by the Royal Academy Alfonso X el Sabio, took place in the Assembly Hall of the Murcia House of Culture, on the occasion of the centenary of his birth. In the act participated María Teresa Marín Torres, elected academic and director of the Salzillo Museum; María Ángeles Jover Carrión, former director of the Archive of the Murcia City Council; Ángel Luis Molina Molina, academic of the Royal Alfonso X el Sabio and Full Professor of Medieval History at the University of Murcia, and Cristina Torres-Fontes Suárez, PhD in Art History, Full Professor at the University of Murcia and daughter of the professor Torres Fontes, under the presidency of the director of the Royal Academy Juan González Castaño. *Murgetana* reproduces the texts of the interventions in such a tribute.

**Key words:**

Torres Fontes, Murcia, History, Archives, Salzillo Museum, University of Murcia, Royal Academy Alfonso X el Sabio.

JUAN GONZÁLEZ CASTAÑO

## HOMENAJE AL PROFESOR JUAN TORRES FONTES

Buenas tardes, señores Académicos, familiares de don Juan Torres Fontes, señoras y señores, y sean bienvenidos al homenaje que la Real Academia Alfonso X el Sabio tributa al que fue su director durante más de tres décadas, el Excmo. Sr. Don Juan Torres Fontes.

Las personas que componemos la Academia Alfonso X el Sabio deseáramos que no se viera este acto como una sesión necrológica sobre la irreplicable figura de don Juan Torres Fontes, y desde luego no ha sido ésta la idea que nos ha guiado a la hora de promoverlo, no en vano lo hemos denominado *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes en su centenario* porque, simplemente, nos complacemos en recordarlo a los cien años de su nacimiento, acaecido el 23 de junio de 1919, vísperas de su onomástica.

Para los que lo conocimos y trabajamos con él, don Juan Torres Fontes está vivo, sigue vivo porque no lo hemos olvidado, que la muerte es realmente eso, el olvido. Está vivo en sus libros; en sus artículos; en los alumnos que formó; en sus investigaciones; en su labor en el Museo Salzillo; en su familia; en las bien elaboradas fichas del Archivo Municipal de Murcia; en los libros publicados por la Academia, por su Academia, a la que dedicó más de treinta años de su larga existencia y a la que ésta le debe colecciones tan importantes para los murcianos y su tierra como la *Biblioteca Murciana de Bolsillo*, que va por el número 158, desde aquel primer volumen, fechado en 1979, en el cual, el profesor don Juan García Abellán estudiaba la atractiva, cuanto ignorada, figura del librepensador murciano José Hernández-Ardieta. Y, desde luego, la impresionante *Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia*, que, en sus 24 volúmenes, recoge miles de documentos medievales y renacentistas transcritos y con referencias claras de dónde se hallan. Sin olvidar que, bajo su mandato, la Academia alcanzó el honroso título de Real.

Antes de otorgar la palabra a las personas que me acompañan en la mesa, a las que, en nombre de la Academia, agradezco su disposición para hablar de don Juan Torres Fontes desde diversas perspectivas, sólo me resta dar las gracias a todos ustedes por estar con nosotros esta tarde, en la sesión en la que la Real Academia Alfonso X el Sabio le recuerda en el centenario de su nacimiento. Igualmente agradezco a la Dirección General de Bienes Culturales la cesión de este estupendo salón.

Sin más, paso a ceder la palabra a las personas que conforman la mesa, las cuales irán interviniendo por el orden en que aparecen en el programa, es decir, doña

María Teresa Marín Torres, Académica electa y directora del Museo Salzillo; doña María Ángeles Jover Carrión, ex directora del Archivo del Ayuntamiento de Murcia; don Ángel Luis Molina Molina, Académico de Número de la Real de Alfonso X el Sabio y catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Murcia y doña Cristina Torres-Fontes, doctora en Historia del Arte e hija de don Juan.

MARÍA TERESA MARÍN TORRES

### **JUAN TORRES FONTES, DIRECTOR DEL MUSEO SALZILLO (1956-1993)**

En primer lugar quisiera agradecer a la Real Academia Alfonso X el Sabio, en nombre de su presidente, don Juan González Castaño, su invitación para participar en este homenaje dedicado al estimado profesor don Juan Torres Fontes en el centenario de su nacimiento, y compartir mesa con Cristina Torres-Fontes Suárez, Ángel Luis Molina Molina y María Ángeles Jover Carrión, lo cual es todo un honor para mí.

Tuve la gran suerte de conocerlo y siempre fue muy amable y cortés conmigo, desde que fue presidente de mi tribunal de Licenciatura donde defendí un trabajo dedicado a la historia del Museo Salzillo, con sugerencias muy importantes que enriquecieron la investigación publicada por esta Academia en 1998<sup>1</sup>. En el Seminario de Museología que celebramos en 2014 en el Museo Salzillo, codirigido con la profesora Concepción de la Peña Velasco, le hicimos un homenaje, y las palabras que aquel 15 de mayo le dirigí, me son muy útiles para compendiar de nuevo hoy su gran labor por la institución que en la actualidad tengo el honor de dirigir.

Juan Torres Fontes fue el director del Museo Salzillo durante treinta y siete años, entre 1956 y 1993, para pasar después a ser su director honorífico. Casi cuatro décadas volcado en una institución señera para la historia de la museología murciana donde dejó su sello, por su gran profesionalidad y por su vinculación sentimental con la misma.

El Museo Salzillo fue creado por decreto del Ministerio de Educación Nacional en 1941, tras varios proyectos que con anterioridad no llegaron a materia-

---

<sup>1</sup> M.T. Marín Torres, *El Museo Salzillo en Murcia*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1998.

lizarse, dado que la iglesia de Jesús, sede privativa de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre de Jesús, era ya considerada desde el siglo XIX como un museo donde podían visitarse los famosos pasos que el escultor Francisco Salzillo realizó para salir en procesión la mañana de Viernes Santo.

Fue su primer director Pedro Sánchez Picazo (1863-1952), pintor y director también del Museo Provincial (desde 1922 y hasta su muerte) y académico de número de la Real Academia Alfonso X el Sabio<sup>2</sup>. Su labor de dirección del Museo Salzillo, entre 1941 y 1949, coincidió con los años que todavía se definía su estatuto de funcionamiento, promulgado definitivamente en 1949. En aquel entonces el Belén, los bocetos y otras obras de arte, que debían pasar al nuevo Museo Salzillo, aún podían contemplarse en el Museo Provincial. Todavía no existía un proyecto arquitectónico y museográfico para el acondicionamiento de la iglesia de Jesús y de sus terrenos adyacentes.

Fue sustituido en el cargo por José Sánchez Moreno (1914-1955), profesor de Historia del Arte de la Universidad de Murcia, quien impulsó la creación del nuevo museo<sup>3</sup>. Gran especialista de la figura de Francisco Salzillo, sobre la que versó su tesis doctoral publicada en 1944<sup>4</sup>, lamentablemente falleció con tan solo 41 años sin llegar a ver materializada su anhelada aspiración<sup>5</sup>. En aquellos momentos el arquitecto José Tamés había realizado el nuevo proyecto arquitectónico en 1950<sup>6</sup>, donde Sánchez Moreno aportaría el futuro discurso científico. Fue especialmente expeditivo para que se comprasen por parte del Ministerio los terrenos adyacentes y necesarios para la ampliación de la iglesia de Jesús, que se remodeló y afianzó su cimentación entre los años 1953 y 1956<sup>7</sup>. Realizó el primer inventario de obras en 1953, así como un estudio museográfico sobre las condiciones idóneas para el mantenimiento de los pasos mientras se realizaban las obras, que comenzaron en agosto de ese año, quedando custodiados en el monasterio de MM. Agustinas<sup>8</sup>. En los años

---

<sup>2</sup> A. Oliver, *Medio siglo de artistas murcianos (1900-1950)*, Madrid, Patronato de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Murcia, 1952; J. Martínez Calvo, *Historia y guía del Museo de Murcia. Sección de Bellas Artes*, Murcia, Editora Regional, 1986.

<sup>3</sup> También fue director del periódico *Línea*, diputado provincial y concejal del Ayuntamiento de Murcia, desde donde también impulsó la construcción del Museo Salzillo, momentos en los que se fueron adquiriendo terrenos adyacentes a la iglesia de Jesús.

<sup>4</sup> J. Sánchez Moreno, *Vida y obra de Francisco Salzillo. Una escuela de escultura en Murcia*, Murcia, Publicaciones del Seminario de Historia y Arte, 1944.

<sup>5</sup> C. Belda Navarro, «José Sánchez Moreno y la Historia del Arte en Murcia», en M.M. Albero Muñoz, M. Pérez Sánchez, *Territorio de la memoria: Arte y Patrimonio en el sureste español*, págs. 12-42.

<sup>6</sup> El arquitecto Eduardo Jiménez Casalins, mayordomo de la Cofradía de Jesús, fue el arquitecto a pie de obra.

<sup>7</sup> «Adquisición de solares para el Museo Salzillo», *Línea*, 8 de enero de 1950, pág. 1.

<sup>8</sup> Ese año la procesión salió desde el Monasterio de Madres Agustinas. Ya en julio de 1954 las obras en la iglesia estaban muy adelantadas (*Línea*, 16 de julio de 1954), aunque en 1955 todavía la procesión no salió desde la iglesia de Jesús.

1953 y 1954 comisarió exposiciones temporales sobre la obra de Salzillo en el Palacio Episcopal de Murcia. Murió el 31 de diciembre de 1955.

Ante aquel gran vacío el Ministerio de Educación Nacional nombró en febrero de 1956 como nuevo director del Museo Salzillo a un joven profesor, de brillantísima trayectoria, Juan Torres Fontes (1919-2013). Tal como señaló el periódico *Línea*, dirigido por Juan Antonio Ruiz Mompeán<sup>9</sup>, el profesor era «uno de los más positivos valores de la intelectualidad local por su sólida preparación y competencia en cuestiones de arte; su estrecha vinculación a la cofradía de Nuestro Padre Jesús, de la que es mayordomo, cabe esperar de su gestión del Museo Salzillo todos los éxitos que le auguramos y deseamos»<sup>10</sup>. En aquel momento era doctor en Filosofía y Letras, profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia, director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, archivero adjunto del Ayuntamiento de Murcia, académico de la Real Academia de Alfonso X el Sabio y diputado provincial.

Con él se dio el impulso definitivo para la terminación de la construcción de las dependencias del museo junto a la iglesia de Jesús. El 14 de abril de 1959 se presentó la nueva instalación del Belén, que ya el público podía visitar, aunque la inauguración oficial del Museo Salzillo se llevó a cabo el 15 de febrero de 1960. En realidad, de una manera u otra, desde su creación en 1941 el museo nunca había dejado de ser visitado por el público.

El profesor Torres Fontes acababa de publicar la guía oficial del Museo dentro de la colección de «Guías de los Museos de España» de la Dirección General de Bellas Artes, con el número diez<sup>11</sup>. El estudio, con 121 páginas y láminas fotográficas, contiene un plano desplegable. En la introducción hablaba de la vinculación entre la Cofradía de Jesús, su iglesia y el museo, para pasar a narrar la biografía de Francisco Salzillo y a describir las obras en cada una de las salas. Su texto, aún vigente, contiene un estudio detallado y científico de los fondos del Museo. Tras la lectura de mi tesina en 1996, don Juan me regaló un ejemplar firmado que guardo con mucho cariño.

En una entrevista concedida a Ismael Galiana en 1960 en el diario *Línea*, manifestaba su satisfacción por la inauguración, y cómo desde abril de 1959 ya habían visitado el museo unas 15.000 personas<sup>12</sup>. En Radio Murcia, el 2 de marzo

<sup>9</sup> R. Fresneda, (coord.). *Hemerotecas. Aportaciones al estudio y tratamiento de publicaciones periódicas*. Murcia: Editora Regional, ANABAD, 1995, pág. 155.

<sup>10</sup> *Línea*, 8 de febrero de 1956.

<sup>11</sup> Tres años antes, en 1956, se había publicado la del Museo Arqueológico de Murcia en esta misma colección, por su director, Manuel Jorge Aragoneses.

<sup>12</sup> Señalaba Ismael Galiana: «Torres Fontes, hombre de amplísimas e intelectuales actividades, serio, competente y ponderado [...] un erudito, un investigador, especializado en ciertos temas históricos. Quizás, aparentemente, pueda parecer seco, retraído, distante, impenetrable. Pero en sus palabras y actitudes hay pasión, devoción, entusiasmo, sobre todo cuando la conversación le es grata y

del año anterior, había expresado su deseo de que el museo pudiera engrandecerse: «es necesario facilidades de los propietarios de obra de nuestro imaginero para que se exhiban en el museo y los visitantes puedan admirar el mayor número posible de ellas»<sup>13</sup>. Este deseo en realidad nunca se pudo materializar como él hubiera deseado, puesto que han sido muy escasas las donaciones que el museo ha recibido a lo largo de su historia. También ahí declaraba que su obra favorita de Salzillo era San Jerónimo, a pesar de no formar parte de los fondos del museo. Del mismo modo, también reconocía la labor de su antecesor en la difusión de la figura de Salzillo: «gran parte de este reconocimiento, es de justicia consignarlo, se debe al espléndido estudio que a las figuras y obras de Salzillo dedicó nuestro inolvidable amigo y mi antecesor en la dirección del museo, D. José Sánchez Moreno»<sup>14</sup>.

Su labor de investigación fue muy notoria. Además de la guía oficial, publicó numerosos artículos sobre la iglesia y la Cofradía de Jesús, así como sobre la obra de Francisco Salzillo. Entre los primeros cabe destacar los publicados en esta revista de *Murgetana*<sup>15</sup> y entre los dedicados al escultor, el estudio de San Roque<sup>16</sup> o el de las imágenes de la Cofradía de Jesús, como el contenido en el libro *Images des procesions en Espagne*, donde también colaboró con Luis Ortiz Muñoz, que habló de la imaginería sevillana y Federico Wattenberg, de la vallisoletana, con fotografías de Arielli<sup>17</sup>. O al final de su vida, junto a su hija, la profesora Cristina Torres-Fontes, es importante reseñar el capítulo que dedicaron a Salzillo en la exposición del tercer centenario del nacimiento del escultor<sup>18</sup>. Por no nombrar sus numerosas colaboraciones en la prensa murciana, donde difundió la obra de Salzillo y la trascendencia de su museo monográfico<sup>19</sup>.

---

cómoda, como esta que iniciamos». I. Galiana, «Al pie de la letra: Torres Fontes», *Línea*, 15 de febrero de 1960. Este mismo periódico había publicado una entrevista el día anterior en tono demasiado desenfadado, por Vinicio, que no gustó al profesor Torres Fontes porque daba lugar a malinterpretaciones. El diario al día siguiente publicó una nota aclaratoria suya, donde manifestaba su malestar.

<sup>13</sup> A.M.S. (Archivo Museo Salzillo). Entrevista de 2 de marzo de 1958 transcrita a máquina.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> J. Torres Fontes, «La portada de la iglesia de Jesús», *Murgetana*, 13, 1960, págs. 25-33; «La Cofradía de Jesús y su autonomía», *Murgetana*, 108, 2003, págs. 119-136. Además de sus numerosos artículos en la revista de la Cofradía de Jesús, Nazarenos, donde publicó en 1998 el artículo «De la ermita de San Sebastián a la ermita de Jesús», en 2002, «Historia y presente», en 2003, «La imagen de Jesús Nazareno», en 2004, «Nuestro Padre Jesús, en rogativa (siglo XVIII)» y en 2005, «José María Cossío en el Museo».

<sup>16</sup> J. Torres Fontes, «La imagen de San Roque, obra de Salzillo», *Murgetana*, 17, 1961, págs. 117-122.

<sup>17</sup> J. Torres Fontes, L. Ortiz Muñoz, F. Wattenberg, *Images des procesions en Espagne*. París, Éditions du Colombier, Éditions Albin Michel, 1967.

<sup>18</sup> C. Torres-Fontes Suárez, J. Torres Fontes, «Francisco Salzillo o el pensamiento firmado», en C. Belda, (ed.) *Salzillo, testigo de un siglo*. Murcia, CARM, Ayuntamiento de Murcia, Fundación Cajamurcia, 2007, págs. 347-359.

<sup>19</sup> J. Torres Fontes, «Religiosidad y sentido de la familia, en Salzillo», *La Verdad*, 15 de abril de 1960; «Museo Salzillo. Murcia monumental», *Empresas*, 7, 1961, págs. 22-26; «El Museo Salzillo»,

Bajo su dirección, se acrecentó la biblioteca del Museo, especializada en escultura barroca y temas murcianos, perfectamente clasificada con sistema CDU y catalogada con las normas ISBD. El archivo también estaba bien sistematizado, destacando los bien compendiados álbumes de fotografías y el archivo de prensa, con recortes de periódicos y artículos mecanografiados, entre los que había transcritas entrevistas de radio o publicaciones de difícil acceso. También en la labor de documentación de las colecciones destaca su inventario de todos los fondos, con fotografías, un instrumento aún fundamental en la gestión museográfica. En esta labor le ayudaba el oficial del Museo, Carlos Carrión, conserje del mismo hasta el final de su vida y sacristán, como lo había sido su padre, de la iglesia de Jesús.

En lo relacionado con la conservación preventiva, tuvo la colaboración de José Sánchez Lozano, restaurador oficial por encargo de la Cofradía de Jesús. En una entrevista del diario *La Verdad*, realizada a ambos, manifestaba cómo el escultor hacía una revisión de las imágenes cada quince días<sup>20</sup>.

En la exposición permanente, fue el autor, junto a Manuel Jorge Aragoneses, que se encargó del diseño del nuevo diorama del Belén, del discurso científico. En lo relativo a las temporales, en aquel entonces el Museo Salzillo no tenía una sala de exposiciones específica, pero sí se prestó obra de la colección permanente para muestras organizadas fuera del museo. El profesor Torres Fontes vivió la cesión del belén de Salzillo al Museo Nacional de Artes Decorativas en la Navidad de 1961, exhibición comisariada por su directora, Pilar Fernández de la Vega, con gran éxito de público, que al parecer llegó a la insólita cifra de trescientos mil visitantes<sup>21</sup>. En 1973 el Museo Salzillo fue sede de la gran exposición antológica de Salzillo, junto a la iglesia de San Andrés, organizada por la Dirección General de Bellas Artes y por el comisario nacional de Exposiciones, Luis González Robles, en aquel momento director del Museo Español de Arte Contemporáneo<sup>22</sup>, con un

---

Descubrir España, 6, 1980, págs. 44-48; «El nacimiento de Salzillo», *Boletín Informativo Municipal de Murcia*, 19, 1967, págs. 16-19.

<sup>20</sup> B.G. Egocheaga, «Tenemos un restaurador oficial: el escultor José Sánchez Lozano. Él, por encargo de la Cofradía, se preocupa de las imágenes. Las revisa constantemente y cada quince días, más o menos, las examina por completo» «Cada quince días se revisan las imágenes de Salzillo», *La Verdad*, 10 de marzo de 1969. También constan facturas en el archivo del Museo Salzillo, por la restauración de otras obras puntuales

<sup>21</sup> Según consta en el artículo de B.G. Egocheaga, Op. cit.

<sup>22</sup> Luis González Robles (1916-2003) fue crítico de arte, comisario de bienales y promotor de exposiciones temporales. Su museo se encuentra dentro de la Universidad de Alcalá de Henares, creado en 2004 tras el legado de sus colecciones. Desde la Comisaría General de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación y Ciencia organizó muestras de gran envergadura como la llevada a cabo en Murcia en torno a Salzillo, que logró reunir una gran cantidad de obras del escultor del siglo XVIII y de sus contemporáneos. En ella se llevó a cabo una destacada labor de restauración.



catálogo muy cuidado con textos de los profesores Emilio Gómez Piñol y Cristóbal Belda Navarro<sup>23</sup>.

Además de la exposición del segundo centenario de la muerte de Salzillo en 1983, que entonces tuvo como protagonista al Museo Provincial de Bellas Artes, vivió de primera mano la Exposición Universal de Sevilla de 1992, en la que se prestó el paso de La Santa Cena de Francisco Salzillo para su exposición en el pabellón regional de Murcia<sup>24</sup>.

También gracias a la gran labor del profesor Torres Fontes se amplió el Museo Salzillo en su lado norte, donde se instaló en 1979, tras muchos años de dificultades y gracias a su empeño, la portada del palacio Riquelme sita con anterioridad en la calle Jabonerías de Murcia.

En cuanto a la difusión, organizó conciertos, como los que se hicieron para la exposición de 1973 y realizaba las tradicionales visitas protocolarias a visitantes ilustres como políticos, embajadores y otros colectivos, de las que se hacía eco la prensa del momento y que ya se llevaban a cabo en los tiempos de José Sánchez Moreno, incluso cuando los pasos estuvieron en la iglesia de las Agustinas. En aquel entonces todo visitante destacado que venía a la ciudad de Murcia pasaba por el Museo Salzillo y por el de la Catedral de Murcia, los dos grandes hitos patrimoniales de la ciudad. Entre estas numerosas visitas, que siempre firmaban al final en el libro de la Cofradía, a don Juan Torres Fontes le llamó la atención la de José María Cossío, que por sus grandes conocimientos taurinos le descubrió cosas insólitas sobre el Belén de Salzillo. A él le dedicó su último artículo en la revista Nazarenos, donde manifestó también su gran devoción por Nuestro Padre Jesús:

Fue en tiempos en que yo era director del Museo Salzillo, al cual acudía con una frecuencia no usual para quien allí no vivía, ni el ejercicio de esta dirección no retribuida me exigía estancias prolongadas. Dos motivos me llevaban allí: la atracción, por una parte, y la responsabilidad, por otra, aunque fundamentalmente la atracción, llamémosla así, era la que encaminaba y no era precisamente la obra de Salzillo, sino un sentimiento religioso, difícil de plasmar, hacia la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Un encuentro sin oraciones y más como saludo amical, sentido y diferenciado en cuanto a quién era uno y otro, porque en la soledad del encuentro las palabras no eran necesarias para lo que en sí era sólo la presencia y contemplación por mi parte

---

<sup>23</sup> E. Gómez Piñol, C. Belda Navarro, *Salzillo (1707-1783). Exposición Antológica. Iglesia de San Andrés, Museo Salzillo, mayo-junio 1973*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes, Ministerio de Educación y Ciencia, 1973.

<sup>24</sup> Con ocasión de la exposición se publicó el libro de C. Belda, *La última cena de Francisco Salzillo*. Murcia, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, 1992.

y enteramente anímica. De igual forma que durante sesenta y un años fui estante primero y después cabo de andas de su «paso» en las mañanas de Viernes Santo, la de sentir su peso-presencia y en callado andar<sup>25</sup>.

En este texto se alude a la circunstancia insólita de la dirección del Museo Salzillo de forma honorífica y gratuita, como todavía lo continúa siendo. Su condición de mayordomo, como estante y cabo de andas de Nuestro Padre Jesús, fue muy importante también en su labor en la dirección de un museo donde tan imbricada desde sus inicios estaba la Cofradía de Jesús. Fue director con diferentes presidentes de la Cofradía, que a su vez fueron presidentes de la Comisión Ejecutiva del Museo Salzillo. Su relación fue especialmente estrecha con su cuñado Emilio Díez de Revenga Rodríguez, gracias al cual se fundó el museo, que ejerció su presidencia hasta 1972, en que fue sustituido por Diego Aguilar y Marín-Barnuevo. También coincidió con Antonio Jiménez de Cisneros (1973-1978) y Esteban de la Peña Baquerín hasta 1993<sup>26</sup>.

El día de la lectura de mi tesis de licenciatura quiso destacar la labor incansable de personas no sólo como Emilio Díez de Revenga, sino también de Juan de la Cierva, en el Ministerio de Educación, y del director general de Bellas Artes, el historiador del arte granadino Antonio Gallego Burín, gracias a los cuales pudo inaugurarse finalmente el Museo Salzillo. El profesor Gallego Burín publicó un artículo dedicado al museo en *Murgetana* y allí alabó la labor de la Cofradía de Jesús por el mantenimiento de la obra del escultor, «con la ayuda y orientación, celosa y competentísima», en la labor artística, de Juan Torres Fontes, como director del Museo Salzillo, junto con Manuel Jorge Aragoneses, como asesor museográfico<sup>27</sup>.

Su cometido en la dirección del Museo Salzillo fue magnífico, siempre comprometido, al que dio su impronta de excelencia y calidad, siendo un ejemplo, como me consta, para los directores que después lo hemos sucedido, el profesor Cristóbal Belda Navarro y don José Cuesta Mañas.

---

<sup>25</sup> J. Torres Fontes, «José María Cossío en el Museo», *Nazarenos*, 2005, págs. 75-76.

<sup>26</sup> Agradezco estas informaciones al mayordomo don Guillermo Martínez Torres, así como la documentación prestada para la elaboración de este estudio.

<sup>27</sup> A. Gallego Burín, «El Museo Salzillo», *Murgetana*, 13, 1960, págs. 95-98.



Juan Torres Fontes muestra el Belén de Salzillo al embajador de Estados Unidos, Biddle Duke, el 3 de abril de 1960



Juan Torres Fontes explica el paso de La Oración en el Huerto a monseñor Roca Cabanellas, obispo coadjutor de la diócesis de Cartagena, posteriormente arzobispo de Valencia (Foto: Tomás)



Juan Torres Fontes entrevistado en su despacho del Museo Salzillo

MARÍA ÁNGELES JOVER CARRIÓN

### **HOMENAJE A DON JUAN TORRES FONTES EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO**

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Alfonso X el Sabio don Juan González Castaño, Dra. doña Cristina Torres-Fontes Suárez, Dra. doña M. Teresa Marín Torres, Dr. don Ángel Luis Molina. Sres. Académicos, sras. y sres., queridos amigos

En primer lugar quiero agradecer a la Real Academia Alfonso X el Sabio en la persona de su Director el Excmo. Sr. Dr. Juan González Castaño, que me haya invitado a participar en este emotivo acto de Homenaje a don Juan Torres Fontes con motivo del centenario de su nacimiento.

Al recordar la figura de don Juan es imprescindible vincularlo a la primera Institución murciana, el Ayuntamiento de Murcia y en ella a su Archivo Municipal.

Don Juan comenzó su trabajo en el archivo en la década de los cuarenta, junto al entonces archivero don Nicolás Ortega Pagán y, cuando este dejó el archivo en 1953, pasó a ocupar la plaza vacante de archivero municipal, puesto que desempeñó hasta su jubilación en 1985.

Durante esos 33 años, la transformación del archivo municipal, bajo su dirección, fue enorme.

Mi primer contacto con don Juan fue cuando cursé 3º de Geografía e Historia, en la facultad de Filosofía y Letras de Murcia, en la que él impartía las asignaturas de Historia Medieval, Paleografía y Diplomática. En ese momento no podía imaginar que pasado un tiempo iría a dedicar mi vida profesional al mundo de los archivos. Dos años más tarde, en 5º curso, realizamos las prácticas de Historia de América en el Archivo Municipal, ubicado entonces en la última planta del edificio principal del Ayuntamiento, en su sede de la Glorieta de España. Nuestro trabajo consistía en describir y catalogar el contenido de un número determinado de expedientes de los siglos XIX y XX.

La historia medieval, la paleografía, la diplomática y los expedientes administrativos contemporáneos, me fueron formando y dirigieron mi interés a un mundo nuevo muy distinto al docente que, en aquellos años, era la salida mas habitual para los licenciados en Historia.

Con esos antecedentes, al finalizar la carrera en Murcia me marché a Madrid para preparar las oposiciones de Facultativo de Archivos del Estado y fue entonces cuando volví a ponerme en contacto con don Juan. Quería realizar mi tesis de licenciatura y le pedí que me orientara en la elección del tema a desarrollar y me la dirigiera. Él se inclinó a que realizara un estudio de las Visitas de la Orden de Santiago al Reino de Murcia, 1498 y 1507, documentación que, por otra parte, me habilitaría en el dominio de la paleografía, disciplina imprescindible para el ejercicio de la profesión de archivero y, además, los fondos estaban en el Archivo Histórico Nacional, lo cual era perfecto porque yo residía, en ese momento, en Madrid.

Volví a reanudar el contacto con él años más tarde al volver a Murcia y acceder a la plaza de Archivero Municipal, vacante tras su jubilación, plaza que obtuve por concurso-oposición en mayo de 1987.

En los primeros años de mi vida profesional en el archivo, mantuvimos un contacto frecuente, ya que seguía acudiendo con frecuencia a consultar los fondos municipales imprescindibles para continuar con su intensa actividad investigadora, que no abandonó hasta el final de su vida.

Don Juan, desde muy joven, en la década de los años cuarenta, empezó a ejercer su actividad docente como profesor de Historia Medieval en el Universidad de Murcia, simultaneando dicho trabajo con el de auxiliar de archivo en el Archivo Municipal junto con el entonces archivero Nicolás Ortega Pagán. En esos años, una vez finalizada su tesis doctoral, con un gran éxito, continuó su labor investigadora.

En los años cincuenta, ya como archivero municipal, sus trabajos de investigación fueron intensos y constantes. Su ámbito de estudio se centró en el medievo

murciano sacando a la luz el enorme potencial contenido en el excepcional conjunto documental que se conserva en el Archivo Municipal desde el siglo XIII.

Fruto de ese trabajo son las numerosas publicaciones que han visto la luz, a lo largo de su vida y que han sido recogidas en varias bibliografías publicadas sobre su obra. Así mismo participó en numerosos Congresos y Jornadas especializadas hasta los últimos años de su vida profesional.

Además de esta intensa vida investigadora, durante sus años de archivero formó a numerosas generaciones de universitarios que acudían a su despacho del archivo, presidido por una magnífica fotografía de J. Laurent, del siglo XIX, que reproducía el frente norte de la ciudad desde el plano de San Francisco hasta el Palacio Episcopal. Desde ese despacho les orientaba en sus incipientes investigaciones que llevarían, a muchos de ellos, al ejercicio de la docencia, en los distintos niveles de enseñanza, media y universitaria.

Durante esos años dirigió numerosas tesis doctorales y tesinas de licenciatura, en la mayoría de las ocasiones basadas en la documentación municipal. Muy frecuentes fueron las tesinas sobre Actas Capitulares, consistentes en el vaciado de estos libros fundamentales para el conocimiento de la vida social, económica, cultural, etc. de nuestra ciudad desde la baja edad media.

Este enorme trabajo de investigación exigió la organización y catalogación de un gran volumen de documentación. Gracias a ello se fue formando un corpus de fichas descriptivas de toda la documentación medieval y parte de la edad moderna, conservada en el archivo municipal.

La función principal del archivo es conservar la documentación que garantiza los derechos del municipio y de sus ciudadanos y, al mismo tiempo, ayudar a agilizar la gestión administrativa de la institución. El Archivo Municipal de Murcia lleva cumpliendo estas funciones desde hace más de 750 años, de tal manera que sus fondos constituyen hoy día el principal depósito de nuestro patrimonio cultural. Con ello ha surgido una nueva función: la atención al ciudadano.

El origen del Archivo está vinculado a la fundación del concejo de Murcia por Alfonso X el Sabio en 1266, y desde entonces fue siempre una dependencia aneja al Ayuntamiento. Al principio bastaba un arca para guardar todos los privilegios, después un armario y pronto hubo que habilitar una «cámara» junto a la sala de reuniones del concejo para albergar toda la documentación que se iba produciendo. Cuando las reuniones se celebraron en el Contraste el Archivo se instaló allí, y volvió con el Ayuntamiento cuando éste se trasladó a la Glorieta de España. Allí permaneció hasta mediados del siglo XX, en el que el volumen de documentación recibido y emitido por la institución creció de tal manera que se hizo preciso ubicarlo en un edificio adaptado a sus fines. Por una magnífica gestión de don Juan, se deci-

dió rehabilitar el edificio del Almudí, que había quedado vacío después del traslado de la Audiencia Provincial a Teniente Flomesta, para que fuera sede del Archivo Municipal. Así en 1986 el Archivo se trasladó al Palacio del Almudí, donde tiene su sede principal, los fondos históricos, la Hemeroteca y la Biblioteca.

El celo en la custodia de los documentos se pone de manifiesto en las primeras actas capitulares conservadas, en las que se hace un inventario de los privilegios contenidos en el Arca. Durante todo el Antiguo Régimen se reiteran las órdenes a los corregidores y al concejo de conservar el Arca de los privilegios y de tener libros donde se asienten las reales cédulas, ejecutorias y otras resoluciones para evitar su pérdida. Consecuencia de ello tenemos en el Archivo de Murcia el *Libro de Privilegios Reales* y una magnífica serie de *Cartularios Reales* desde 1314 a 1855. A ellos hay que añadir los ocho tomos de documentación original de la monarquía, desde el siglo XV al XVIII, encuadradas por decisión concejil de 8 de octubre de 1746, con la finalidad de preservarla, y que hoy conforman la serie que se conoce como *Cartas Antiguas y Modernas*.

Junto a la documentación real, los fondos más importantes son los generados por la propia institución. Destacan dos series entre todas: una corresponde a los *Libros de Contabilidad*, que comienzan a finales del siglo XIV (1391) y reciben diversos nombres a lo largo de la historia; la otra la constituye la serie ininterrumpida de *Actas Capitulares* desde 1364 hasta hoy, que está considerada como la más completa de las existentes en los municipios de la Corona de Castilla.

El Archivo fue custodiado siempre por los escribanos del concejo, que eran sus principales usuarios y, desde el siglo XIX, por el Secretario del Ayuntamiento. Pero la demanda cada vez más frecuente de consultas por particulares y el aumento del volumen de la documentación hizo necesario el nombramiento de un archivero. Así en 1876, se nombró para el cargo a don José Martínez Tornel, quien permaneció en el puesto hasta su muerte en 1916. Él comenzó la tarea de organización de gran cantidad de documentos y a él se debe el salvamento del archivo cuando se inundaron las dependencias municipales con motivo de la Riada de Santa Teresa en 1879.

A este le sucede don José Frutos Baeza que ocupó el cargo de auxiliar de archivo interino entre los años 1898 y 1903.

La labor archivística municipal se vio continuada, desde 1918 a 1953, por don Nicolás Ortega Pagán. Su trabajo fue de gran trascendencia, ya que consiguió que la documentación no se perdiera ni dispersara durante la guerra civil de 1936-1939. Además, realizó el primer inventario moderno de los fondos históricos del archivo, en el que se relacionaron más de cuatro mil legajos con toda la documentación generada y recibida por el concejo a lo largo de más de 600 años, fuente de investigación histórica imprescindible para el conocimiento, no sólo del concejo murciano, sino en muchos casos del reino de Murcia. Con este inventario el archivo muni-

cial quedaba en disposición de abrirse plenamente a los investigadores que cada vez más demandaban su consulta.

Finalmente y tras la marcha de Ortega Pagán ocupó el puesto de archivero el doctor Juan Torres Fontes desde 1953 a 1985. A lo largo de estos más de treinta años, ha dado el impulso definitivo al archivo municipal, al fomentar la investigación histórica dentro y fuera de Murcia, haciendo llegar a todos el valor de los documentos tanto en su labor archivística como a través de sus numerosas publicaciones.

Don Juan fue sobretodo un excelente investigador, su agudeza en la interpretación de las fuentes, su enorme capacidad de trabajo y su gran poder de comunicación a través de sus publicaciones, lo convirtieron en unos de los mejores historiadores de su época y, en ese sentido el Archivo Municipal de Murcia, se convirtió en su mejor aliado y un campo de trabajo excepcional.

A él le debemos la catalogación de todos los documentos medievales conservados en este Archivo, desde luego todos los reales, tanto los originales como los contenidos en los *Cartularios reales*, *Actas Capitulares*, *Libro de Privilegios*, *Cartas Antiguas y Modernas*, así como muchos de los particulares. Este conjunto de registros catalográficos han constituido una herramienta fundamental para el acceso a estas fuentes cuya lectura exige un conocimiento profundo de paleografía.

Cuando en 2005 se puso en marcha el Proyecto Carmesí, con la finalidad de conservar los fondos documentales originales y difundirlos a través de las nuevas tecnologías, se comenzó con la documentación medieval existente en los Archivos murcianos. En la primera fase se digitalizaron 69.525 imágenes, de las cuales 62.577 correspondían a documentos del Archivo Municipal. Todos estos documentos fueron catalogados por el profesor Torres Fontes y muchos de ellos utilizados como fuente, en sus investigaciones y posteriores publicaciones. Esta cifra nos puede dar una idea del volumen del trabajo realizado por nuestro homenajeado y de la importancia de este archivo en relación con el conjunto de los archivos municipales murcianos a los que, por otra parte, acudió también el profesor Torres Fontes, en su actividad como investigador.

Este trabajo, propiamente archivístico, se vio inmediatamente completado con su labor investigadora. El profesor Torres Fontes destacó por el volumen de fuentes consultadas y analizadas, pero lo que hizo de él un investigador excepcional fue la interpretación de las mismas y su comunicación a través de sus numerosas publicaciones. El Reino de Murcia no se conocería ni se entendería hoy sin los trabajos realizados por el profesor Torres Fontes.

En una bibliografía que realicé en 1988, con motivo de la concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad, se describieron un total de 387 referencias, entre



monografías, artículos de revistas, capítulos de obras colectivas, prólogos, etc., publicados desde los años 40 hasta la citada fecha de 1988. Este número de publicaciones fue creciendo en años sucesivos, como queda patente en las posteriores bibliografías que se publicaron de sus obras. Los temas fueron muy variados, pero fundamentalmente centrados en el medievo murciano.

Uno de los proyectos más interesante dirigidos por nuestro querido maestro, fue el de la *Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia*, coloquialmente conocidos como CODOM. Se trata de la recopilación de transcripciones de documento reales y particulares conservados en todos los archivos del Reino, muy útiles para facilitar el acceso y la consulta de los documentos originales a profanos en el dominio de la paleografía. Se han publicados documentos desde Alfonso X (siglo XIII) a la reina doña Juana (siglo XVI).

Esa fue, desde mi punto de vista, su principal aportación al Archivo Municipal, dar a conocer el inmenso valor de estos fondos, más allá de las fronteras de la ciudad y de la región de Murcia, incluso de nuestro país. La verdadera apertura del Archivo Municipal al mundo académico se produce bajo la dirección de don Juan Torres Fontes.

El Ayuntamiento de Murcia reconoció su trabajo otorgándole las máximas distinciones del Consistorio una vez finalizada su vida laboral. Así en octubre de 1988 le otorgó la Medalla de Oro de la Ciudad. El Pleno de 30 de marzo de 1995, aprobó, entre otras, denominar como calle Historiador Juan Torres Fontes, a una calle de nueva apertura en el barrio Infante Juan Manuel. Finalmente en septiembre de 2011 se le concedió el título de Hijo Predilecto de la Ciudad.

Quiero finalizar felicitando a la Real Academia Alfonso X el Sabio, por la magnífica iniciativa que ha tenido en la organización de este merecidísimo homenaje a don Juan Torres Fontes. Muchas gracias.

ÁNGEL LUIS MOLINA MOLINA

## **JUAN TORRES FONTES: ACTIVIDAD UNIVERSITARIA**

Tras sus primeros estudios en el colegio de los Maristas, comenzó los de Filosofía y Letras en la Universidad de Murcia, en la que carente de los estudios de Historia, sólo podrá realizar el «curso preparatorio», para luego trasladarse a la de Valencia. El estallido de la Guerra Civil interrumpiría su carrera, que reanudaría,

tras la finalización del conflicto, tres años después. Obtendría su licenciatura en la Universidad de Madrid (1941), en la que inmediatamente cursaría los estudios de doctorado e iniciaría su Tesis bajo la dirección, del entonces Catedrático de la Universidad de Murcia, Santiago Montero Díaz, al tiempo que entraba en relación con la escuela de Ballesteros Beretta, en cuya revista *–Correo Erudito–* aparecería, en 1942, su primer trabajo de investigación: «Moros, mendigos y bandidos en el siglo XV».

En 1943 se vincularía a la Universidad de Murcia en calidad de *Profesor Ayudante gratuito* de la Facultad de Filosofía y Letras, obtuvo el Premio Nacional del VII Centenario de la Reconquista de Murcia, y su primer libro, *Fajardo el Bravo*, ganaría el Premio de Biografías de Murcianos Ilustres de la Diputación Provincial. Durante el curso académico 1943-44 concluyó su tesis doctoral sobre *La Crónica de Enrique IV del Dr. Galíndez de Carvajal*, que defendió en la Universidad Central de Madrid obteniendo la máxima calificación.

Nuevamente, en 1945, recibiría el Premio de Biografías de Murcianos Ilustres por su obra: *Compilación de los Milagros de Santiago de Diego Rodríguez de Almela*, cuya edición correría a cargo del Instituto Jerónimo Zurita del C.S.I.C. (1946), organismo al que quedó vinculado como Becario desde 1946 al 1953. También en 1946, vería la luz, en la Universidad de Murcia, su Tesis doctoral. Un año después, mediante oposición, obtiene la plaza de Profesor Adjunto de la citada Universidad.

A finales de los años cuarenta su prestigio como investigador había alcanzado un notorio reconocimiento tanto en el plano nacional, ya que fue designado Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia (1949), como en el plano local, como lo demuestra el hecho de que ese año le fuera encargada la Lección de Apertura de Curso en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia, honor que recaía en las más eminentes personalidades murcianas en el campo de las letras y de las ciencias. El tema elegido fue: *El general Palarea. Un médico murciano en la Guerra de la Independencia*. Al año siguiente, es elegido Académico de Número de la Academia Alfonso X el Sabio, y en 1951, a pesar de su juventud, era elegido Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Nuevas obras de investigación, responsabilidades y reconocimientos se acumularían en los años siguientes. En 1953 se editarían: *Don Pedro Fajardo, Adelantado Mayor del Reino de Murcia y el Itinerario de Enrique IV de Castilla*, al año siguiente se publicaría su edición de los *Anales de Orihuela de Mosén Pedro Bellot*, en 1959 recibiría el premio de investigación Francisco Cascales por su *Xiquena, castillo de la frontera*, y un año después editaría el *Repartimiento de Murcia*.

En 1958 conseguiría la concesión de una Beca de la Fundación Juan March y, ese mismo año, será nombrado Cronista Oficial de la Ciudad de Murcia. En 1960 se le otorga la Encomienda de Alfonso X el Sabio, con lo que se culmina una intensa década en todos los órdenes.

Sus artículos aparecen en las más prestigiosas revistas nacionales e internacionales, como por ejemplo *Cuadernos de Historia de España*, que dirigía en Buenos Aires Claudio Sánchez Albornoz. En la Academia Alfonso X el Sabio, además de sus continuas colaboraciones en la revista *Murgetana*, inició en 1963 la *Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia*, desde entonces se han publicado más de 20 volúmenes, el propio Torres es el autor de los cinco primeros, los correspondientes a los reinados de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV, el resto corresponden a diversos autores discípulos suyos formados en la Universidad de Murcia. De nuevo dos obras de investigación cuyas serían galardonadas con el Premio Francisco Cascales de la Diputación Provincial: *El Señorío de Abanilla* (1961) y *La reconquista de Murcia por Jaime I de Aragón* (1965).

La decisión familiar de vivir en Murcia y la garantía que le proporcionaba su plaza de Director del Archivo Municipal, dilataron durante años su acceso a una cátedra universitaria. Por fin, en 1969 se creó en la Universidad de Murcia una plaza de Profesor Agregado de Historia Medieval, plaza que obtuvo en noviembre de 1970 tras la correspondiente oposición, posteriormente accedería a la Cátedra en 1975. No dudó, cuando ello fue necesario, aceptar puestos de responsabilidad en la vida universitaria. En 1961 es nombrado Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que desempeñó hasta 1974 en que pasó a ocupar la Secretaría General de la Universidad; un año después sería nombrado Vicerrector de Investigación, puesto que ostentó durante ocho años –los mandatos de los rectores Sabater y Lozano–, en esta etapa, partiendo prácticamente de cero, se crearía la primera infraestructura de investigación en la Universidad de Murcia, potenciándose extraordinariamente la producción científica, y para su difusión se remodeló adecuadamente el anquilosado e inoperante Servicio de Publicaciones, que inicia una nueva y prestigiosa singladura. Durante estos años se dio el caso curioso de que Juan Torres Fontes fue el único Vicerrector de Investigación de España procedente de una Facultad de Letras, a pesar de lo cual conseguiría para la Universidad medios económicos y ayuda a programas que, poco a poco, van integrando a los centros universitarios murcianos en un nivel de competencia con los del resto del país.

Como Director del Departamento de Historia Medieval, desde su creación en los años iniciales de la década de los setenta hasta su jubilación, llevó a cabo una intensa labor docente e investigadora, que se refleja en la dirección de tesis de licenciatura y de doctorado sobre diversos aspectos del Reino de Murcia en la Edad Media, y, también, de otros temas relacionados con los fondos documentales del Archivo Municipal. Pero su labor de dirección no se inicia ahora, pues en los años

anteriores, por impedimento legal, no pudo firmar como director numerosas tesinas y tesis que, en realidad, se habían llevado a cabo bajo su orientación. En 1973 creó, en el ámbito departamental, la revista *Miscelánea Medieval Murciana*, una de las decanas en el panorama universitario nacional.

En la Academia Alfonso X el Sabio, que tras la Universidad es la principal institución impulsora de los estudios sobre temas murcianos, es elegido Secretario en 1964, permaneciendo en este cargo diez años, es decir dos mandatos. Posteriormente, durante el breve mandato de Antonio Pérez Gómez (1974-76), ocupó el puesto de Bibliotecario-Archivero de la entidad, que llevaba anejo la dirección de las publicaciones de la Academia. En 1976 es elegido Director, cargo para el que ha sido reelegido en sucesivas ocasiones, al que renunció, por razones de edad, en 2008. Durante su largo mandato ha fomentado extraordinariamente la labor editorial de la Academia, potenciando las colecciones existentes y creando otras nuevas, entre las que destacan la Biblioteca Murciana de Bolsillo (1979) –que actualmente cuenta con más de 150 títulos–, que revolucionó el panorama del libro regional; y la de Estudios Regionales (1984) –que ha sobrepasado los 80–. Por otra parte, la institución participa activamente en diversas comisiones de asesoramiento de la Comunidad Autónoma y de la Asamblea Regional en temas relacionados con el mundo de la cultura.

Tales actividades de gestión y responsabilidad universitaria no le impidieron, sin embargo, la continuación de su labor investigadora, de la que podemos destacar algunas obras como *Repartimiento del campo y la huerta de Murcia, El Príncipe don Alfonso.1465-1468*, ambos en 1971, *La Regencia de don Fernando de Antequera* (1972), colaboró en el libro que en 1976 la Fundación Juan March dedica a Murcia, redactando el capítulo referente a la *Historia, Repartimiento de Lorca* (1977), *Documentos para la Historia medieval de Cehegín* (1982), colabora en los volúmenes III y IV de la *Historia de la Región murciana* (1981-1982) y en el volumen VI de la *Historia de Cartagena* (1986), *Estampas murcianas de la época de los Reyes Católicos* (1984), etc. En otro orden de cosas, en 1969 la Real Academia de Ciencias de Córdoba le distingue con el nombramiento de miembro correspondiente; de idéntica forma procederían el Instituto de Estudios Albacetenses (1978) y, en 1984, el Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino. Otros reconocimientos le llegarían desde el Ayuntamiento de Cehegín, que en 1982, le concedía el Escudo de Oro de la ciudad, y desde la Asociación de Doctores Arquitectos de la Región de Murcia que, en 1983, le designa Miembro de Honor.

En 1985 se produce su jubilación en la dirección del Archivo Municipal, y un año después en la Cátedra de Historia Medieval, pero mientras que en el primer caso la jubilación supuso la fulminante separación del puesto de trabajo, en el segundo, no ocurrió lo mismo, pues la Universidad, gracias a la posibilidad de poder conservar a sus mejores miembros a través de la figura de Profesor Emérito,

ha tenido la enorme suerte de poder contar con Torres Fontes hasta 2009. Con motivo de su jubilación administrativa, un grupo de sus colaboradores más directos, con el patrocinio de la propia Universidad, la Academia Alfonso X el Sabio y las entidades de ahorro locales, le organizó un *Homenaje* que culminó con la edición, en 1987, de dos volúmenes compuestos por más de 1.800 páginas, que reúnen más de un centenar de trabajos de investigación de los más prestigiosos medievalistas españoles y algunos extranjeros, así como académicos y profesores de otras especialidades, que son una muestra palpable del reconocimiento, admiración y afecto que sus colegas, compañeros y discípulos le profesan. También, la ciudad de Murcia, a la que Torres Fontes ha servido con tanta fidelidad como dedicación, no dudó, a través de su Corporación Municipal, en valorar sus méritos y servicios, e inició a finales de 1986, los trámites para la concesión de su más alto reconocimiento: la Medalla de Oro de la Ciudad, que unos meses después le otorgaría por unanimidad de sus miembros.

Pero la actividad de Juan Torres Fontes no acaba, afortunadamente, con estos reconocimientos tan justos y obligados tras su jubilación. En efecto, hasta hace unos años, día a día nos ha dado muestras de su buen hacer en la Universidad, a la que acudía asiduamente, en la que seguía impartiendo cursos de doctorado, presidiendo Tribunales de Tesis, dando conferencias y, sobre todo, investigando. Su producción científica no bajó de ritmo en los últimos años, una prueba de ello es la aparición de libros y artículos, como por ejemplo: *Estampas medievales* (1988), *Repartimiento de Orihuela* (1988), *Repartimiento y repoblación de Murcia en el siglo XIII* (1990), colabora en el volumen XIII-I de la prestigiosa *Historia de España Menéndez Pidal*, en el que es autor del *Prólogo* y el capítulo V –*Murcia: la conformación de un reino de frontera-* (1990), *Libro del Repartimiento de las tierras hecho a los pobladores de Murcia* (1991), *Efemérides murcianas* (1994), *Nuevas estampas medievales* (1997), *Documentos para la Historia Medieval de Ceutí* (1998), *Batiburrillo murciano* (1999), participa en el *Catálogo* de la exposición *Huellas* (2002), *La frontera murciano-granadina* (2003), *Instituciones y sociedad en la frontera murciano-granadina* (2004), *El Señorío de Fortuna en la Edad Media* (2005), *Fundamentos de la Santa Iglesia, y de toda la Diócesis de Cartagena* (2009) y *La Diócesis de Cartagena en la Edad Media (1250-1502)*, su última publicación, que apareció en 2013.

En los últimos años debemos mencionar cómo el Ayuntamiento de Murcia, en 1996, dio el nombre de Historiador Juan Torres Fontes a una de sus nuevas calles, precisamente, situada en el polígono Infante Juan Manuel (un gran personaje de nuestro medievo). El Ayuntamiento de Alcalá la Real, en 2003, le rindió Homenaje dedicándole las Jornadas de Estudio sobre la Frontera. La Comunidad Autónoma de Murcia por Decreto de 21 de mayo de 2004 (BORM de 7 de junio) le concedió la Medalla de Oro de la Región de Murcia. El Ayuntamiento de Abanilla, en 2005, le

nombró Hijo Adoptivo de la villa y dio su nombre a una de sus calles. En la Universidad se constituyó, en noviembre de 2010, la Cátedra Juan Torres Fontes de Estudios Locales. Y, finalmente, en septiembre de 2011, el consistorio murciano le otorgó el nombramiento de Hijo Predilecto de la ciudad de Murcia.

CRISTINA TORRES-FONTES SUÁREZ

## **CENTENARIO JUAN TORRES FONTES 1919-2013**

Excelentísimo señor director de la Real Academia Alfonso X el Sabio, Ilustrísimos señores Académicos, señoras y señores.

Quiero en primer lugar, agradecer en nombre de toda mi familia, este homenaje a la figura de mi padre con motivo de su centenario, por parte de la Real Academia Alfonso X el Sabio, a la que estuvo ligado y dedicó tantos años de su vida, a sus académicos que impulsaron esta idea y especialmente a su director don Juan González Castaño promotor de la misma.

De igual forma, por la distinción de que he sido objeto al compartir esta mesa con discípulos y personas todas ellas allegadas a mi padre en una u otra de sus múltiples facetas profesionales.

Y dicho esto, expondré que, si bien me agrada, me enorgullece y mortifica a partes iguales; pues al tiempo que lo agradezco, me mortifica porque esta invitación es un caramelo envenenado; siempre rechacé situaciones similares aduciendo que necesitaba distancia para hablar de mi padre, distancia que el tiempo no te da tan fácilmente.

Por ello adelanto, que me va a costar gestionar los sentimientos y pido perdón por ello. Mi aportación es personal y por tanto subjetiva. Cada persona es multifacética, es poliédrica y la percepción que tú adquieres de una persona es única y distinta a la de cualquier otro.

La mía es tan subjetiva como la de quienquiera que hablase de su padre.

## SEMPER IDEM

Mi padre es un presente perenne, está ahí en cualquier circunstancia de nuestras vidas. De hecho, yo crecí envuelta en libros y me meció un sonido inconfundible que me acompañó toda mi vida: el fuerte teclear de una máquina de escribir, que andando el tiempo se convirtió en un sonido familiar.

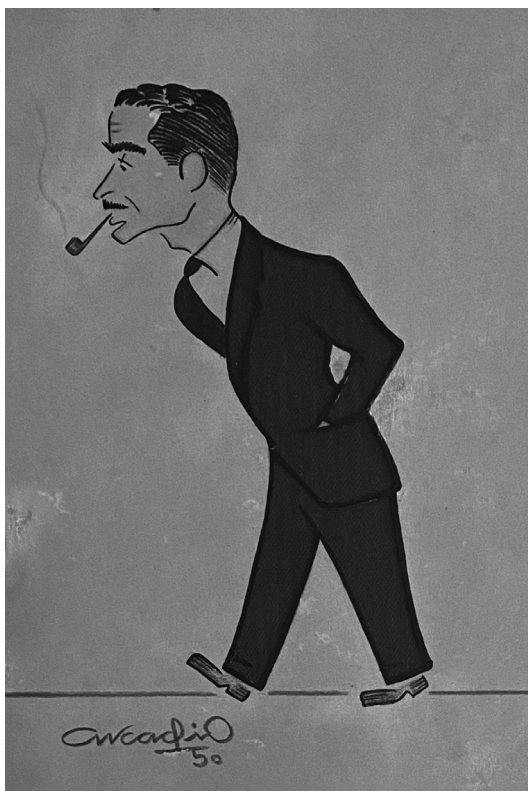
Un sonido ligado a un olor igualmente familiar, un aroma cálido e inconfundible, que provenía de su despacho y era el de su sempiterna pipa, que le acompañó durante años. Tal es así, que conservó siempre una caricatura con técnica de collage, que le hizo Arcadio Baquero en el año de 1950, con su cachimba, su mano en el bolsillo y su apresurado paso.

Era un trabajador incansable, siempre le recordaré parapetado en su despacho, tras un montón de carpetas y fichas con su antigua Olivetti, –la de mi infancia era de color verde– como mascarón de proa, entre manuscritos de paleografía indescifrable, que, para él en cambio, no tenían claves ni secretos y rodeado de libros, que sobrepasaban la capacidad habitable.

*La Casa Colorada*, era la casa de los veranos, nuestro paisaje estético, que él adoraba y donde era plenamente feliz, como lo fue su infancia y adolescencia en *Lo Jordán*.

Eran veranos de un paisaje idílico, paisaje estético de chumberas, almendros, algarrobos, olivos, pinadas, vides, jinjoleros, algún turbinato... acumulamos veranos, libros, muchos libros y paseos, en el trillo para los pequeños, y en tartana hasta el pueblo para ir a misa, y el peso riguroso de la almendra que supervisaba, controlaba y anotaba año tras año incansablemente, la elaboración casera del jabón de sosa, la visita del lechero que nos traía la leche de cabra que había de hervir, y que a él le repugnaba. Siempre tomo café solo y muy caliente.

Sus ratos de descanso del despacho en Corvera, los pasaba en su taller de carpintería, que dispuso, en una nave de la parte posterior del gran patio trasero de la



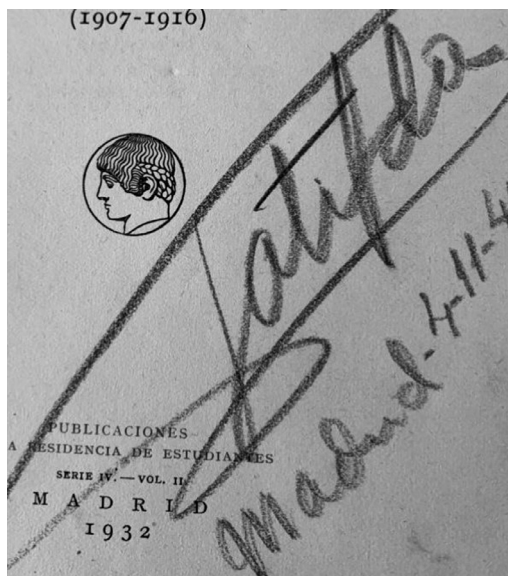
casa. Allí con todas sus herramientas perfectamente ordenadas y clasificadas, en su banco de trabajo arreglaba todo lo que se rompía, lijaba, atornillaba, clavaba, reparaba todo aquello que era susceptible de un nuevo uso.

Pintaba de verde las rejas de las ventanas y sus contraventanas de madera; de blanco los guijarros o bolos con los que marcaba los caminos de la casa hacia la pinada, donde junto a las hamacas de tijera vestidas de lona rayada, colgaba alguna más desde un árbol a otro. Y la casa de muñecas que me hizo organizada y distribuida en el interior de un *entredós*, provista de luz eléctrica, que él mismo cableó.

Como no había agua corriente, en puro secano, solo agua de aljibe ideó una ducha a partir de una regadera llena de agua, que colgó sobre una pila de piedra con un mecanismo elemental, solo había que tirar de una cuerda para que la regadera se volcase. Son instantes desprendidos de la serie temporal de veranos felices.

Las mañanas siempre en la biblioteca donde tenía su despacho, presidido por una preciosa cabeza de reno sobre la chimenea, una bonita salamandra de hierro pintada con decoración floral y donde, desde bien pequeña me hacía leer. El primer libro que puso en mis manos siendo yo muy pequeña no lo olvido y lo tengo guardado junto a una pipa, fue *Platero y yo*. Y él con paciencia me desvelaba qué era una barba nazarena, que yo no entendía, y como podía beberse dos cubos de agua con estrellas. Lo mío en él, fue una confianza ciega. Esa palabra que tanto me costaba transcribir *fiuça*.

Era una edición de 1932, publicada por la Residencia de Estudiantes en Madrid. En la contraportada, a lápiz rojo, su fecha y firma: *Madrid, 4-11-1940. Jatifda* –Juan Antonio Torres y Fontes de Albornoz–. Esta fue y no otra, su firma durante



muchos años y la mayoría de los libros de su biblioteca, así lo testifican. El tiempo y el uso fue desvirtuando la grafía inicial hasta quedar en la que más tarde acompañó su trayectoria.

Me daba a leer, poesía, obras de teatro, novelas de Agatha Christie que a él le distraían y yo me aficioné como él a la novela policiaca, de espías, le atraían los detectives novelescos: Hércules Poirot, Donald Lamb, Maigret, Sherlock Holmes... literatura de misterio. Le gustaba la poesía y Pío Baroja, Galdós, Unamuno, Ortega y volvía a Baroja.



A media mañana en esos veranos, mi madre entraba a la biblioteca una bandeja con algo que le gustaba tomar, un refrigerio, un alto en el teclear incesante; o bien higos de pala, o ensalada de pimientos... Era su pequeño rato de descanso y allí nos encontraba, a mí leyendo y a él enfrascado en sus documentos, después, seguía trabajando de forma incansable, y la tarde de igual forma hasta la caída de la luz, y el momento en que había que encender los quinqués —no había luz eléctrica— en el interior; el exterior quedaba iluminado por la luna y una enorme cantidad de estrellas, a las que sabía poner nombre, y nos mostraba las constelaciones y las Perseidas por San Lorenzo, desde ese privilegiado mirador que era la terraza de la Casa Colorada, rodeada de pinos y envuelta en la negrura de la noche que ante ella se abría a un vasto y despejado horizonte, y nos cubría una bóveda que se dibujaba como una postal del cielo.

Hoy ya nada es igual, todo es aeropuerto, subsiste la Casa Colorada como solitario vigía de la salida y entrada de aviones. Otros lugares, otros tiempos.

Cuando al cabo de los años robaron aquella casa, se llevaron hasta los quinqués, y lo único que dejaron tirados en el suelo de la biblioteca, fueron sus carpetas, sus fichas, sus papeles y todos los libros, debió ser una triste y lamentable visión, pero ante aquel expolio, solo dijo de manera escueta y socrática *no se han llevado los libros, eran unos ladrones incultos*.

Su vinculación familiar a este paraje, *La Torrica, Ventanas, la Casa Colorada* y *Lo Jordán* y con su reloj de sol que ponía a punto el tiempo de sus vidas cotidianas de infancia y adolescencia, era algo que trascendía a lo puramente epidérmico, que se mimetizaba con los sentimientos más arraigados.

Hasta tal punto que en los últimos días de vida estaba empeñado en escribir la historia de esta amplia extensión concejil, de la que reunió todos los datos de su creación y quién fue Martín Corbera y quiénes sus fundadores a partir del siglo XV y que dejó sin publicar. Le fallaban las fuerzas, estaba cansado.

*Es ahora, en mi despedida histórica de la investigación, en el trastocar de notas, fichas, artículos no publicados o incompletos, por parciales, cuando encuentro la base fundamental del nacimiento de Corvera, y quien fue su iniciador para inducirme a relatar el comienzo histórico de esta pedanía murciana, para mi entrañable...*

Es un fragmento extraído del estudio inédito, que me entregó en el ocaso de sus días.

Llegó a ejercer de Pregonero en las Fiestas de Corvera, en los últimos años, donde la Junta Municipal quería ponerle su nombre a una calle. Fue un divertido pregón, recordando los años de adolescencia, juventud y madurez en el campo de esta pedanía. Mencionó a personajes que hacían entrañables estas estancias, Isabel

Bellvís la maestra; el practicante, Gil el taxista del único coche de punto existente, Pascualín el panadero con quien cazaba, a todos los mencionó por su nombre. Y, por último, conocedor de la iniciativa de los vecinos de levantar una biblioteca pública en la localidad, pues no existía ninguna en todo el campo de Murcia, anunció que donaría ejemplares de todas sus publicaciones como fondos iniciales. Fue en noviembre del 2000, en alguna ocasión, más adelante me preguntó por la calle y la biblioteca. Aquello, acordamos, que había sido flor de un día, y que al final pasaría como la del Marqués de Ordoño que daba nombre a la plaza principal y un día desapareció. Y la biblioteca, pues, a beneficio de inventario. Su sentido de la ética para con todo y con todos le hacía no entender la falta de compromiso.

De soltero, y ya novio de mi madre, viajaba subido a una Gucci con la que iba a Corvera a llevar y recoger la correspondencia a casa de Camila, a la sazón, la estafeta de Correos del pueblo, de quien mi madre, siempre dijo que esta señora se dedicaba a leer todas las cartas que se cruzaban entre mi padre y ella. Con la Gucci, se desplazaba por toda esta pedanía y diría que incluso una vez casado siguió utilizándola, llevando a mi madre de paquete.

Mas tarde, durante mi infancia y adolescencia, conducía coches ingleses, algo que puede sonar *snob*, pero nada más lejos de la realidad, eran coches de segunda mano, comprados a su hermano Ramón. Primero fue un Austin verde, más tarde un eterno rival, un Morris negro.

Esta efeméride era toda una gesta, una auténtica proeza por lo que suponía de llevar el volante a la derecha. La emoción siempre estuvo servida. Los que nos situábamos en el lateral izquierdo del vehículo, tanto mi madre en el lugar del copiloto como desde atrás, sacábamos las cabezas e indicábamos cuando podía adelantar, o si venía un camión de frente. Ahora sí, ahora no, otra vez no... auténtico subidón de adrenalina.

Pero no todo el problema eran los adelantamientos en una carretera antigua, sin doble vía, la emoción continuaba, pues a la subida del antiguo puerto de La Cadena, siempre se le paraba el coche y había que hacer un alto, abrir el verde capó o el negro, ambos coches se ahogaban, echar agua y esperar y seguir esperando con lo que el viaje se convertía en aventura. Normalmente había que añadir unas cuentas vueltas con el gato, hasta que volvía a rugir el motor. La casuística era amplia, y cada vez que llevaba a mis abuelos, el coche se averiaba, y tras varias ocasiones en que sucedía esto, mi abuelo Carlos le decía que lo hacía aposta cuando iban ellos, y todos reíamos de la ocurrencia. Mi padre, no. Todo ello hacia sin saberlo, que nuestros veranos fueran más felices.

Aunque hay que decirlo, no solo en estos coches ingleses, sino en todos los que condujo a lo largo de su vida, la emoción era una constante. Una persona como mi padre cuyo carácter prudente, serio, que encajaría en esa descripción del templo de

Delfos: *Nada en exceso, en todo la medida*, al volante se transformaba. Se tensio- naba al máximo, no permitía que nadie le adelantase o que se le colaran como él decía. Arriesgaba lo suyo, de forma que te bajabas del coche con temblor de piernas tras una impactante experiencia. Eso sí, jamás tuvo un accidente.

Y es que, pensaba yo, que, así como hacía historia con la transcripción de documentos y su concatenación narrativa, iba construyendo su andadura en los vericuetos del devenir, porque, como decía Ortega, el mejor camino es el que hace el hombre con su propia vida.

Vida que no le resultó fácil en su niñez y juventud, una niñez sin madre, a quien no conoció, y una juventud muy dura, movilizado al frente con 17 años. Le tocó vivir –como a otros muchos de su generación– etapas conflictivas, distintas e inquietantes según sus propias palabras, pero por ello de intenso bullir y aflorar a la superficie tonalidades humanas difíciles de captarse, incluso, de adivinar su existencia si no hubiera sido así. Vivió la guerra con la misma edad que su amigo Paco Alemán Sainz, que José María de Azcárate y de Castillo Puche, con un año más que Delibes y con dos menos que Gironella.

Años tremendos, dolorosos, duros, de los que no le gustaba hablar; alegaba enfermedades imaginarias, su herida en un pie, que nunca cerraba, porque él se arrancaba con unas tenazas, la uña del dedo pulgar del pie derecho, con el objeto de refugiarse en diferentes hospitales y eludir el frente, con miedo de tener que enfrentarse a uno de sus hermanos, Luis, movilizado en zona nacional. Pero la magnitud de esos días no le libró de las trincheras, desde las que se comunicaba con un amigo durante el día, a través de señales ópticas mediante un juego de espejos; de ver pasar el horror por su lado, de las bombas, del miedo, de la soledad. Eso sí, siempre presumió de no haber pegado ni un tiro. Fue época muy amarga que no quería recordar, sin rencor, postergado en el pretérito.

Sí, hablaba de la mili que tuvo que hacer en diferentes campamentos, porque tenía otra connotación. De hecho, su amigo Paco Alemán, le dedicó un poema manuscrito que tituló *Navegación en tienda de campaña*, la tienda como una vela prisionera de vientos y cordajes, con la esperanza, decía, que él, quien había estado en campamentos, entendería mejor que nadie ese poema.

Estas milicias universitarias le llevaron a Bétera, donde entabló una gran amistad con José María Tomás Soriano; el campamento malagueño de Chapas, y ya, como Alférez de Complemento, Tarifa y Palencia. Bromeaba socarronamente, que el presidente de la Asociación de Alféreces provisionales era precisamente un cate- drático de la Universidad de Murcia, que nunca fue alférez. Paradojas de la vida.

Buen hijo, en una ocasión me habló, que el mayor dolor de su vida fue perder a su padre, y que su mayor tragedia sería perder la vista. Buen hijo, buen hermano

y buen padre, y sin duda buen maestro, aunque como decía el profesor Veas, cuando alguno de sus discípulos le llamaba maestro, le contestaba: déjese usted de magisterios.

Mas en unas palabras. recogidas en su discurso de agradecimiento por la creación de la Cátedra Juan Torres Fontes de estudios locales, manifestaba su satisfacción:

*por encontrarme en esta Universidad que ha sido mi casa durante 70 años, en la labor que siempre he creído más honrada que es la de enseñar. Y de ahí mi vocación por la historia, por descubrirla y por enseñarla en esta Universidad, haya tenido una motivación que trasciende a lo intelectual y a lo simplemente erudito.*

Era pródigo en favores, en consejos y en ayudas de toda suerte a amigos, discípulos, alumnos y a todo aquel que le requiriese o que el conociese que necesitaba ayuda.

Nadie que a él acudiese quedaba sin ser complacido y siempre en mayor medida de lo que parecía hacedero.

Daba a manos llenas, sobres, siempre sobres, con anotaciones y referencias de documentos a de interés para el destinatario, signatura de archivos a consultar, notas entresacadas de alguna lectura, todo lo que encontraba en su investigación y sabía que podía interesar a otro. Fichas. Muchas. Muchísimas fichas. Y sobres. Muchísimos sobres.

No solo ayuda intelectual, tenía un claro concepto de la justicia social, de la mejora de la dignidad de la persona. Ayuda cuando lo requería a su amigo el obispo Azagra, a su primo el jesuita Luis Fontes, misionero en Japón, a otras misiones que le escribían, nadie obtenía el silencio por respuesta. Nadie. Y siempre al margen de ideologías políticas, cuando tuvo y pudo ayudar a un significado republicano de la Guerra Civil, a encontrar su sitio laboral y su espacio humano, allí estaba él, de forma callada; se hizo público, tras un estudio de revisionismo histórico, un hecho que al inquirir sobre ello, por mi desconocimiento, me respondió que era lo que tenía que hacer, se lo debía, pues fue este señor quien ayudó a su padre a escapar de la contienda.

Colocó a sus labradores de Corvera en puestos dignos de la oferta laboral a la que entonces él tenía acceso o conocimiento; en la Universidad, en el Ayuntamiento, en la Diputación, en el Museo Salzillo, donde alguno dormitaba en la puerta, así el Niño de San José salía y entraba con facilidad; cuando lo devolvían decía sarcástico tras el berrinche *ya se ha obrado el milagro, la soltera ha encontrado novio.*

Y ocurrió que se quedó sin nadie que le arara la tierra, que le recogiera la almendra o la oliva, que pasase el trillo por la era, que hiciese las faenas en el medio rural, a todos sus labradores, les había encontrado un trabajo distinto y mejor.

De igual forma actuó cuando bien joven fue nombrado Diputado de Cultura y Visitador del Manicomio, una Diputación que presidía Agustín Virgili. Al hacerse cargo de este puesto, descubrió con horror la situación de los enfermos del entonces Manicomio Provincial, situado en lo que hoy es San Esteban.

Una situación insalubre a todas luces, los pacientes dormían, dos en cada cama, no había diferenciación de patologías, estaban hacinados, llenos de piojos... La precariedad económica, no ayudaba. Le costó enfrentarse a los dos grandes psiquiatras de entonces, Román Alberca y Luis Valenciano, quienes acabaron reconociendo la labor que llevó a cabo y que desembocó en una profunda amistad.

Andando el tiempo, en 1983, acompañaría como padrino a Luis Valenciano en su investidura como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Murcia.

Exigió una cama para cada enfermo, una mayor higiene, y para mejorar la alimentación, llegó a comprarle corderos a un sobrino de Virgili, que tenía ganado, –hoy hubiera tenido que hacer un concurso de licitación–. Les creó un taller de carpintería donde los enfermos aprendieron a realizar sencillos trabajos que, o bien él mismo les compraba o gestionaba su venta para que obtuvieran una pequeña remuneración.

Tallaban pequeñas piezas de madera que luego coloreaban; pirindolas, morteros, manos de mortero, quinqués, mazos, huevos para zurcir medias, vasijas, chocolateras y jicaras, objetos que se convertían en aquellos pequeños regalos que se daban desde las carrozas del Bando de la Huerta, a quien hábilmente mi padre hizo llegar.

Mi primera sillita de madera que me regaló mi padre de pequeña, también la hicieron en ese taller, de listones de madera atornillados, lo suficientemente sólida que ha dado servicio a tres generaciones de niños.

Como formaba parte de la Directiva del Real Murcia, los domingos se llevaba al fútbol a todos aquellos pacientes para quienes consiguió un permiso de salida. Nunca en la historia del Real Murcia tuvo este club, una afición y un público tan ferviente y entregado en las gradas de la Condomina, que aquellos residentes del Manicomio Provincial.

He querido recoger una historia diferente, una intrahistoria, donde hay un baile de imágenes en los pliegues del tiempo. A él también le tocó, como relataba Miguel Espinosa en *La fea burguesía*, ir a una estación a pie de ferrocarril, para recibir a un catedrático, que, por cierto, bajó acompañado de una corista, quien recibió encantada el ramo de flores.

Todo en él fue un ejercicio de compromiso con todo y con todos, compromiso humano, y compromiso profesional. Sin medida y hasta el final.

Así es palpable en todos los libros dedicados a su persona, tanto de forma pública como de forma privada, de los últimos que me dio para que leyese y le pasase al ordenador su agradecimiento, a la vez que su opinión sobre el libro, cosa que no pude realizar porque yo ya no entendía la letra, y el tampoco, me decía y nos reíamos de eso.

Esta dedicatoria de Adolfo Fernández Aguilar en su libro, *Contigo en la distancia* además de encendidos elogios, terminaba diciendo *Por su magisterio, su murcianismo y sobre todo por su ejemplo ético de la vida*.

Ese sentido de la ética y de la honradez del que hacía gala, se dejó ver en todos los puestos o cargos públicos que ostentó a lo largo de su vida. Dejando cuando cesaba, las economías saneadas y sus cuentas verificadas de forma exhaustiva. Exigió recibos, que guardó escrupulosamente de todo aquello que dejaba en depósito, como hizo con la valiosa colección de monedas de oro y demás bienes de la Sociedad Económica de Amigos del País, que entregó a su sucesor.

Fue el último presidente de la Cámara de la Propiedad Urbana de Murcia y procedió de igual manera, al extinguirse por Real Decreto de 1994, las Cámaras de la Propiedad; actuó conforme ley que regulaba el destino de su patrimonio, que entregó al Consejero de Hacienda y Administraciones Públicas de la Comunidad Autónoma de Murcia, quien sería el nuevo gestor.

Ninguno cargo remunerado, como él decía todo *gratis et amore*.

Su dilatada obra como historiador es sencillamente monumental, inalcanzable. Uno de los *curricula* más extensos de cuantos historiadores han desentrañado nuestro pasado medieval. Trabajador incansable, de una capacidad del mismo extraordinaria.

Con idéntica tenacidad y esfuerzo dedicaba horas a la difícil peritación caligráfica, donde debía verificar la autenticidad o falsedad de una firma en documento público. Ello le suponía mucho tiempo de empeño y trabajo complicado, que buscara la verdad en un despliegue de folios, de estudio de las letras, de las rúbricas, estableciendo comparativas, para realizar definitivamente un informe detallado y llevarlo al juzgado. No quería conocer los nombres de las personas afectadas en el pleito, para que nada ni nadie pudiese condicionar su juicio. Tampoco quería tratar con los abogados, su informe iba directo al juez.

Él hubiera podido contar muchas más cosas que yo, pero sí recuerdo dos sucesos cuanto menos curiosos, pero que sólo hacen subrayar su enorme pericia como perito calígrafo. En una ocasión dictaminó como falsa una firma, pero al mismo tiempo identificó que el talón de cambio lo había rellenado una mano distinta, y esa

letra era de su hermano Luis. El juez atónito tomó las declaraciones pertinentes. Y así había sido. Un señor que dijo no saber escribir le rogó a mi tío Luis si podía rellenarle el talón bancario.

El otro suceso, lo conozco de primera mano, porque formé parte del grupo familiar que habíamos recibido un anónimo. El recuerdo me sitúa nuevamente en su despacho, al entrar vi, que tenía el anónimo delante y ya había hecho el peritaje de la letra, ¡de una máquina de escribir!

Él también había recibido el mismo anónimo, e identificó una desviación en las A, que ya conocía. Buscó y cotejó. Su respuesta fue meter el anónimo en un sobre, que envió a vuelta de correo a su emisario. Así. Sin más.

Al final de sus días, haciendo revisión de ellos, me comentaba que, para él, el trabajo, la investigación, reconocía que había sido una obsesión, una inmensa obsesión. Al igual que mi madre, a la que adoraba, quien lo era todo para él y de la que estaba profundamente enamorado. Nos decía que quería morir primero, pues no soportaría la existencia sin ella.

Insistía que era la chica más guapa de Murcia, con muchos pretendientes, pero que llegó él y triunfó. Y de forma jocosa, cuando veía en el ABC alguna escuela de estos pretendientes, le decía,

*Mira, Cristina, ya serías viuda.*

Era al único a quien mi madre dejó que la llamara Cristina, siempre fue María Cristina y por eso mi padre, le cantaba a menudo aquella canción de *María Cristina me quiere gobernar y yo le sigo le sigo la corriente...*

Le escribía cartas y poemas preciosos y en sus cincuenta aniversarios le escribió la carta de amor más tierna y bonita que yo había leído jamás. Mi madre me la enseñó y él nos hizo prometer que aquello jamás vería la luz.

En otra ocasión le entregó un poema del *Cancionero de Palacio*, del poeta Juan de Torres, reconociéndose en ellos, en sus propias armas, haciendo suyos estos versos:

*Si a mi grave cuydado,  
bida mía, non acorres  
derribaras çinco torres  
en un campo colorado.*

*Por bevir de ti absente  
só venido en tal estado  
que piensso serme forçado  
dexar la vida presente*

*pues es en ti ciertamente  
poder de me guarecer:  
non me dexéis perecer  
miémbrete de lo pasado*

Juan de Torres. *Cancionero de Palacio*  
Mencionado en Toledo, circa 1450  
Edic, Vendrell de Millás

De igual forma y sobre todo en los últimos años la Noche de Navidad, ya en la mesa, antes de comenzar a cenar, leía un texto escogido o una profunda reflexión propia, siempre impecable.

Los veranos en Campoamor, igualmente plácidos cuando todo estaba a dos metros, con pocos veraneantes, sin turismo, sin puerto, solo escasos botes fondeados cerca de la orilla. Uno, el de su amigo Miguel Caballero con quien salía a pescar. La mañana, trabajando hasta última hora que bajaba a darse un baño. Le gustaba correr por la playa y nadar. Era buen deportista, de joven jugaba a hockey hierba, como portero y fue portada del ABC con el triunfo en los Campeonatos Universitarios.

Y, esa pequeña bahía que era familiar se convirtió en puerto deportivo porque los días se tornaron en años y comenzó el turismo extranjero y los biquinis y los top less y cuando mi madre subió un día de bañarse, diciendo que ya no quedaba ni un cristiano en la playa, le contestó con su habitual sorna, *«pues habrá que ir desempolvando las chilabas, Cristina»*.

El pesado maletín con la máquina de escribir, siempre fiel a la casa Olivetti, y que iba modernizando con los tiempos, le acompañaba donde quiera que fuese y ese repiqueteo de las teclas que golpeaba con energía era señal inequívoca de que estaba en su despacho. Tanto en la casa familiar de Merced 1, como en Acisclo Díaz, o más tarde en Constitución, siempre presidía el despacho. Era máquina viajera, los veranos a Corvera, después a Campoamor.

Le costó renunciar a la manual y cambiarla por una eléctrica, mucho más grande y también más compleja que solamente le presentaba problemas a la hora de cambiar la cinta de escribir y la correctora.

He llegado tarde a los nuevos medios, comentó, al serle instalado el flamante ordenador, en su despacho de la Facultad, al igual que en todos los demás, cuando tuvimos que familiarizarnos con el dichoso Word Perfect.

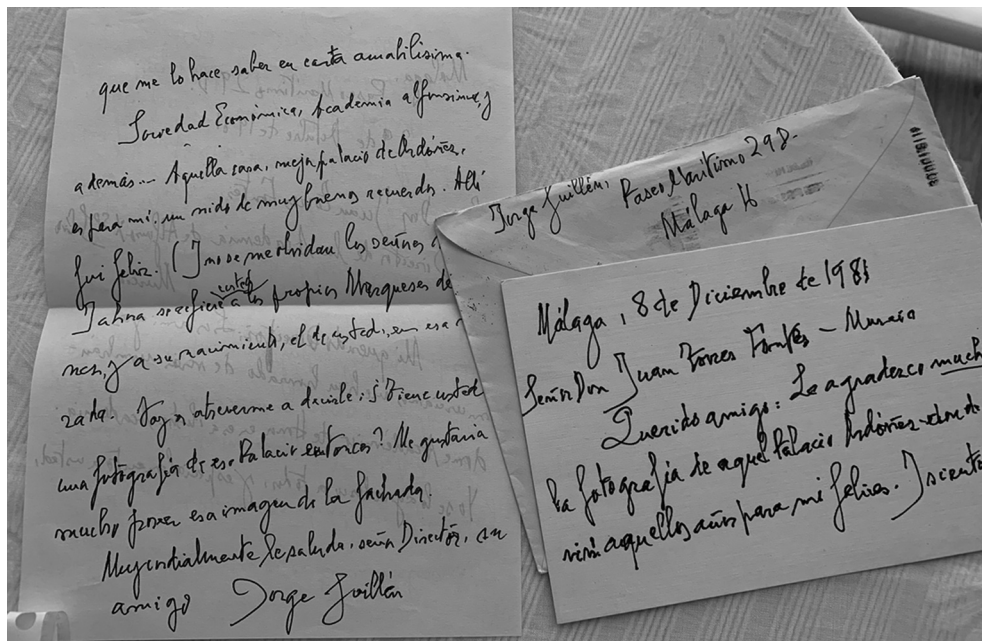


Se enfrentó a él durante unos días, los suficientes para justificar su deseo de volver a la máquina de escribir, nunca vio en el ordenador, más que una endiablada máquina de complicarle la vida y de perder trabajos realizados.

Una vez que terminaba de redactar, sacaba lo escrito y apagaba y tras pasar horas redactando se le olvidaba el importante botón de *guardar*, como nos pasó a muchos, y apagaba sin más el ordenador. A la segunda vez que perdió lo escrito a lo largo de la mañana, de forma taxativa, decidió no volverlo a usar más. Jamás le había ocurrido nada parecido en su tradicional máquina de escribir y abandonó el ordenador que quedó en su despacho como elemento decorativo, sin, por cierto, haber consultado nunca el correo, ni tan siquiera utilizarlo.

Le gustaba la tradicional carta o para mayor rapidez el teléfono. Atrás quedó la innumerable correspondencia, con grandes historiadores, escritores, personalidades conocidas y anónimas, de agradecimiento por envío de convenientes documentos o hallazgos intercambiados, de solicitud, de consulta...

De hecho, es una importante fuente, el mundo de la persona a través de sus cartas, documentos, como un diario de su vida, de la que era celoso guardián de su privacidad. Cartas ya desde el pasado todas ellas, de Gautier Dalché, de Manuel Alvar, dedicándole un poema, muchas de la medievalista Hilda Grassotti desde Buenos Aires, varias de Jorge Guillén solicitándole fotos del palacio de Ordoño, donde sabía que había nacido mi padre y donde él vivió unos años, en los que, dijo, fue muy feliz.



Y muchas otras cartas de personajes que se desvanecen, que existieron, que en un momento de sus vidas contactaron, a veces, epístolas fugaces de personas también fugaces, cuya evocación suman datos a su andadura.

Una ingente correspondencia que guardaba escrupulosamente, como buen archivero, eso sí, tras haber cortado convenientemente los sellos que guardaba en su colección.

Muchos domingos por la mañana, se entretenía en ese *hobby* filatélico y allá que ponía a remojo los sellos, para desprenderlos del papel adherido y puestos a secar en el lavabo y después archivar convenientemente. Mi madre coleccionaba vitolas de puros, que pegaba con esmero en un álbum.

Comprendía el enorme valor y la gran utilidad de los avances técnicos como herramientas de trabajo y repetía a menudo lo que hubiera supuesto para él uno de esos ordenadores, que comenzaban a adueñarse de nuestras vidas, cuando transcribió los Repartimientos, pero también reconocía que era hombre de otra generación y a esas alturas, no iba a cambiar y decía de forma sarcástica, algo que repetía a menudo *yo es que vivo en la Edad Media*.

Aficionado al fútbol y a los toros. Con ocho años me llevó a Madrid; todo era mi primera vez, el tren, la capital, el museo, y los toros. Asistimos en las Ventas a una corrida goyesca, en la que la Duquesa de Alba, montada a caballo, salió a pedir las llaves. Volví entusiasmada, con mi Mariquita Pérez bajo el brazo y con paperas.



Seguidor de Ordoñez, currista, y frente a los broncazos que caracterizaban la lidia de Curro Romero, el recordaba un pase natural eterno del torero de Camas, según evocaba el profesor Veas.

Disfrutaba mucho el fútbol. Desde pequeño ya jugaba en el equipo de los maristas, donde siempre figuraba en el cuadro de honor, incluso su afición le llevo a estar en la directiva del Real Murcia, cuando Enrique Ayuso era su presidente. Los domingos por la tarde me llevaba con él a la Condomina, donde me aburría solemnemente, y mi única distracción era observar a un niño gordo que también iba con su padre y compartíamos el mismo palco, hacer pompas con un enorme Bazoka. Mi padre, en cambio parecía abducido, sin respuestas.

Me llevaba con él a visitar periódicamente a su tío Mariano Palarea Torres y su tía Concha Clavijo a la casa de Santa Catalina. Lo apreciaba mucho y a él le dedicó el estudio que hizo sobre el médico militar, el general Palarea. Éramos siempre bien recibidos y festejaban mucho nuestra llegada; los recuerdo a ambos sentados ante un mirador, parecían congelados en el tiempo, como si fuera un cuadro de Hoper.

Y, a casa de don Arturo Roldán, que vivía en los soportales de la catedral, en las viviendas de San Juan de la Clastra destinadas a los canónigos, cuando hube de prepararme para la Primera Comunión. Vivía este sacerdote con su hermana, quien me endulzaba todas las tardes con una taza de chocolate y bollos. Como un reloj, a la salida del colegio, me esperaba mi padre, para acompañarme a la catequesis. Le unía una amistad y respeto mutuo con este canónigo por la colaboración que llevó a cabo tanto en asesoramiento del patrimonio, como la ardua labor en el archivo catedralicio; en el interior de la torre, abierto a todos los vientos, ordenando, catalogando, así como la ayuda prestada en la primera guía de la catedral que publicó don Arturo.

Sardinero y amante de esa fiesta, de joven estuvo saliendo durante años en el Entierro de la Sardina, en la carroza del Infierno, que pertenecía a la corporación municipal y disfrutaba como tantos murcianos de esa mágica noche, entre pitos, hachones y humo, tirando pequeños juguetes que entonces eran de barro.

Uno de los más antiguos recuerdos y más ilusionantes que tengo de mi infancia, fue despertarme, la mañana siguiente al Entierro de la Sardina y ver a los pies de mi cama un cabezudo, pequeño demonio, que me había traído como trofeo. Único, sencillamente único.

Volvió a salir años más tarde y por última vez en el Entierro de la Sardina del año 1980, con motivo de concederle una distinción sardinera. Volvió a disfrutar una vez más, de aquello que creía que no se repetiría de nuevo.

Hombre de profunda fe, su devoción a Nuestro Padre Jesús Nazareno fue una constante en su vida y su adhesión a la Cofradía del mismo nombre, de tradición familiar, le llevó a portar a hombros en ayunas y descalzo esta imagen, todas las mañanas de Viernes Santo. Primero como estante en el cepo, en la parte posterior del paso donde apenas se le veía, solo los que sabíamos que allí estaba, veinticinco años más tarde, en punta de vara.

Recuerdo ir a verlo desde que tengo uso de razón, y su regreso a casa, cansado y gozoso, con un hombro dolorido, inflamado y encarnado, muy encarnado, que a mí me gustaba acariciar suavemente y que él lo aliviaba con paños de vinagre.

Siempre con su Nazareno durante 58 años. Solo le impidió salir algún Viernes Santo, la lluvia, él jamás falló.

Años después y por antigüedad, le tocó ser cabo de andas, lugar que ocupó rigiendo el paso hasta que las fuerzas le avisaban, pero jamás lo dijo y añadía, según él, el hecho de dejar paso a otros estantes de Nuestro Padre Jesús quienes también querían disfrutar de ese honor, por lo que pidió ser sustituido en el puesto. Aún entonces siguió yendo a verlo salir o verlo pasar por la Plaza de Belluga, frente al Imafrente.

Conoció dos bisnietos mayordomos que salen rigiendo en la procesión, en la Hermandad familiar de La Caída y hoy su hijo, mi hermano Juan y dos de sus nietos son mayordomos estantes y portan el paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Fue un Miércoles Santo tras el Traslado de la Imagen de Agustinas a su Iglesia privativa de Jesús, cuando me confesó que había hecho un pacto con el Nazareno a quien dijo: *Primero te llevo yo a ti, después me llevas tú a mí.*

De principios muy sólidos, fue un hombre hecho así mismo.

Una vida muy ordenada, muy metódica, de mucho trabajo diario y también de disfrute con familia y amigos, muchos de ellos compañeros, Rafael Serra; Joaquín Cerdá; Gabriel Cañadas; Emilio Sáez y sus discutidos viajes con él; Antonio Pérez Gómez y su impresionante biblioteca en la calle Cid 12 de Cieza; Eloy Benito Ruano, amigo desde la juventud; Dereck Lomax, siempre atento a cualquier demanda; Edward Cooper, quien le decía, soy tu amigo el de los castillos o simplemente cuando telefoneaba preguntando por él decía, *soy el de los castillos*; Jean Bourg tan familiar y entrañable; su antiguo amigo desde su coincidencia como alféreces, Enrique Toral Peñaranda con el intercambio de artículos y conocimientos y su emotivo encuentro en la espléndida ciudad fronteriza y abacial de Alcalá la Real, de la que dijo, fue luz permanente como el célebre Farón, que Juan I ordenó poner en el Alcázar alcalaíno para orientar y acoger a fugitivos o desorientados y proporcionar seguro amparo. Ejemplo para hoy, que seguimos con historias de fronteras.

Y Miguel Ángel Ladero Quesada, a quien admiraba y de quien afirmaba, *es muy bueno*. Tuvo igualmente amistad con Antonio Domínguez Ortiz y Linaje Conde, notario e historiador del monacato benedictino medieval, quien se sumó a los veranos de Campoamor; el pintor Luis Garay, amigo de la Horadada, y tantos otros artistas murcianos con los que entabló amistad a lo largo de su trayectoria como Diputado de Cultura y como director de la Económica; Jaime Campmany y Conchita, amigos desde la infancia; Carpe y Celina y sus regalos de bodas, y Antonio de Hoyos, que venía en bicicleta a Campoamor, desde la Ribera con sus camisas hawaianas, que le cosía Juana, a traerle olivas de Cieza y a hablar de Ortega y del resto de «tontucios», como él decía; y el enorme afecto que sentía por Manolo González Jiménez, de Sevilla, con quien se hizo una de sus últimas fotos, y tantos otros a quienes yo no he conocido.

Estima y afecto igualmente hacia todos aquellos que habían sido sus discípulos y estaban fuera de Murcia, Juan Abellán, en Cádiz, Aurelio Pretel en Albacete... y siempre me quedaría corta si tuviese que enumerarlos a todos.

Y sumaríamos los discípulos y compañeros de la Facultad. Dijo en más de una ocasión que él no tuvo maestro, solo discípulos que tornaron en compañeros. Hay un hecho entrañable a reseñar, porque la vida está hecha de momentos, y fue el día de su ochenta cumpleaños, que como cualquier otro se encontraba encallado en su introspección, trabajando en el despacho de la Facultad, cuando llamó a su puerta otra persona querida, Antonio Labaña, quien sabe mejor que nadie capturar sentimientos, con el más preciado regalo salido de sus manos, un retrato modelado con generosas horas de dedicación, donde resumía días y tiempos de afectos. Que eran mutuos.

Y ante su desconcierto azorado, conmovido, y la concurrencia de despachos vecinos, brindamos con champán en aquel pequeño despacho. Hoy mi madre lo sigue acariciando.

Paisajes, ambientes, personajes que son ya historia, pero historia que no es justo ni noble olvidar.

Tenía dos debilidades, además de mi madre. El café y el whisky. El café solo, fuerte y muy caliente que se bebía de un trago. En su ruta de la Universidad al Archivo, entonces en la última planta del Ayuntamiento, hacia un alto en Mi Bar donde tertuliaba brevemente con un grupo de asiduos amigos, de este mítico café de Trapería.

Del gusto por el café podría dar buena cuenta el profesor Francisco Veas Arteseros, quien estuvo a su lado y le acompañó hasta el final de su singladura. Juntos, andando los años iniciaron la costumbre de hacer un alto en el trabajo diario,

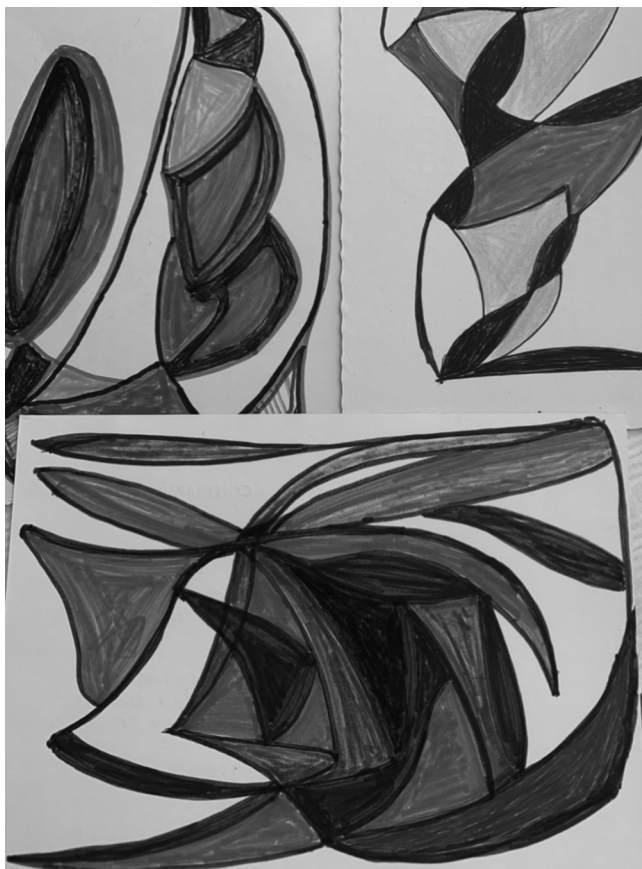
y todas las mañanas salían a tomar un café en un bar próximo a la Facultad, en lo que se convirtió a lo largo de casi treinta años, en un ritual.

Ritual, que no llegó a perderse pues continuó el café por las tardes en casa de mis padres, donde mi madre también participaba en la tertulia y lo acompañaba con pastas. Y junto al hábito del café, existía otro y ese era su whisky. Siempre solo, sin hielo y acompañado de almendras fritas de Corvera, a la misma hora, antes del almuerzo. Y en ocasiones, cuando no estaba mi madre, se servía otro por la tarde que tomaba en el despacho mientras seguía trabajando.

Eso más que un rito era una liturgia. Tanto es así, que tras sufrir un ictus y siendo atendido en un box del servicio urgencias, al recobrar, abriendo los ojos me preguntó por la hora, tras responderle que ya habían dado las dos de la tarde, su respuesta, al amparo de una sonrisa cómplice:

*hoy ya me he quedado sin whisky.*

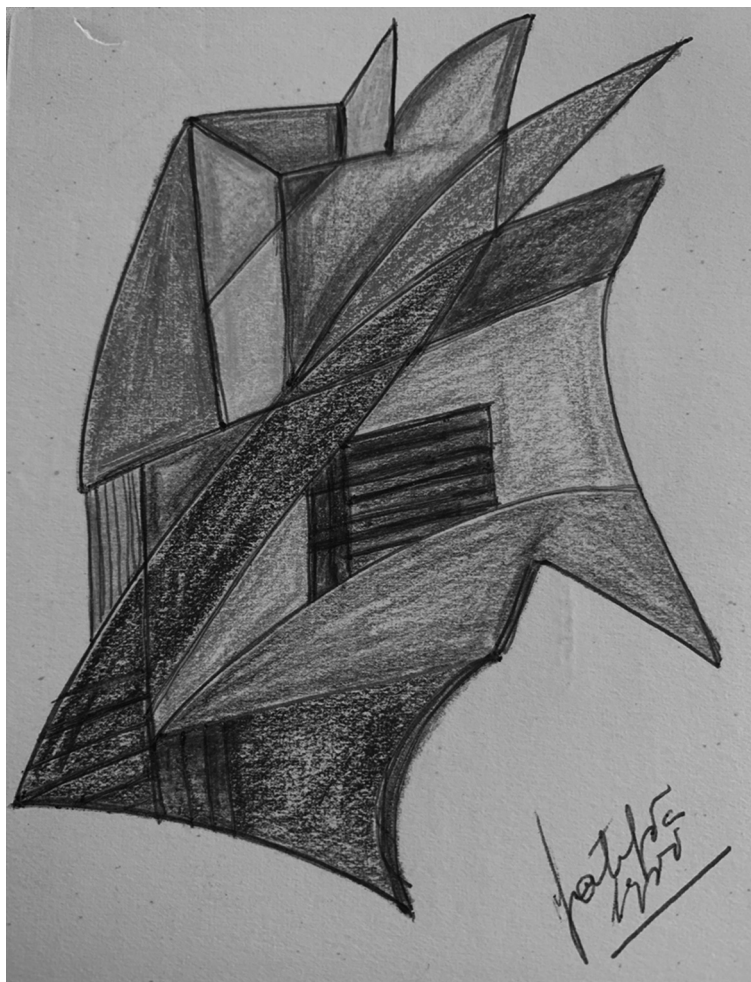
Señal de que estaba recuperado y sin secuelas.



Unía a esos hábitos, la realización de dibujos, en todos aquellos *Saludas*, invitaciones, participaciones, conferencias, inauguraciones, tarjetones de boda y mil variantes de notificaciones que le eran enviadas. Todas susceptibles de un nuevo uso.

Cartulinas, aprovechadas en su envés, para dibujar en ellas, de la misma forma que hacía su padre, mi abuelo Ramon Torres de Parada, para sus bonitas acuarelas de paisajes.

Dibujaba, como vehículo de pensamiento, mientras le daba vueltas a una idea, mientras escuchaba. Era un método de concentración, no estaba del todo abstraído sino alerta. No dibujaba y coloreaba por el mero placer estético, sino que era una herramienta que le ayudaba a discurrir.



Fuertes colores, formas abstractas, muchas, invadiendo toda la capacidad del soporte. Una conjunción de líneas rectas y curvas, que le daban forma sugerente al dibujo. Utilizaba rotuladores al uso, trazo grueso para los contornos y fuertes colores como relleno. Rompía el verde, el rojo o el azul sobre la cartulina, colores conjuntados, o contrapuestos, casi siempre primarios, mientras buscaba o asimilaba ideas.

Esa conjunción de figuras geométricas, rigurosas, destacadas, conformaban una suerte de representaciones abstractas, mironianas, de fuerte impacto visual y enorme plasticidad como forma de expresión.

Dejaba la vanidad, colgada de la percha, como el sombrero de ala que usaba cuando éramos pequeños. Y en todas esas cosas que la vida cuenta, nunca se permitió vanagloriarse de sus éxitos, sí, se enorgullecía de ellos, porque el orgullo lo consideraba legítimo, al estar ausente en él cualquier vanidad. Así lo expresa en este último agradecimiento.

*Ya no me mueven las justas e los torneos, paramentos, bordaduras e çcimeras, que cantaba Jorge Manrique.*

El me enseñó las bondades de la disciplina, del respeto a los demás, del trabajo, de la honestidad y del esfuerzo. Porque bajo esa bandera vivió.

Hace años, le quise hacer y regalar un exlibris. Diseñé un caballero medieval con su escudo de armas pendiendo de la cabalgadura. Necesitaba un lema y se lo pedí, no dudó ni un segundo en su respuesta: SEMPER IDEM.

Me faltaba la leyenda, un enunciado que expresase un ideal o guía de conducta, y él, que siempre hablaba mirándote a los ojos, con voz suave, sin estridencias, me dijo: *Mantente en tu quehacer, conságrate a él y en tu tarea envejece (Eclesiastés 11,20).*

Esa fue su trayectoria y ese fue su tiempo.





